

Résonance

Quand la musique rencontre l'IA



PAB SAN

NOVELA

Resonancia

Cuando la música se encuentra con la IA

Pab San

© Pab San

pabsan@pabsan.org

Sitio del libro : <https://resonance.pabsan.org/>

Para mis amigos músicos

Una nota suspendida

«La música nace a menudo de una soledad, y luego pasa mucho tiempo buscando qué podrá responderle.»

El estudio

«En ciertos lugares, hasta el silencio escucha.»

Habían comprado un antiguo edificio religioso, desacralizado hacía mucho y abandonado desde hacía décadas. Una ruina con viento en las grietas. Para ellos era una catedral. No una de vitrales y oraciones murmuradas, sino una catedral del groove, con amplificadores en lugar de altares y líneas melódicas ascendiendo por la piedra.

En las afueras de París, el lugar les daba exactamente lo que necesitaban: lo bastante lejos para tocar a cualquier hora sin temer a los vecinos, lo bastante cerca para seguir teniendo la ciudad al alcance. Con tiempo y mucho esfuerzo, lo habían devuelto a la vida a su imagen. Nada allí era perfecto. También por eso se les parecía.

Paul, el teclista, había transformado el terreno detrás del edificio principal en un huerto anárquico. «Las verduras son como la música: hay que dejarlas en libertad», le gustaba decir.

Nico, el batería, se había apropiado de otra parte del terreno para amontonar carcasas de coche que adoraba desmontar, trastear y olvidarse de volver a montar. «Un día haré de esto una escultura contemporánea, ya verán», bromeaba, sin convencer nunca a nadie.

Nathan, el bajista, por su parte, había ocupado un anexo y lo había convertido en su «templo algorítmico». Entre aquellas paredes húmedas había instalado un auténtico centro de datos, donde unos servidores ronroneaban sin descanso. Allí trabajaba en su proyecto de inteligencia artificial, al que había bautizado HARMONY. Sus amigos no entendían gran cosa de todo aquello, pero eso no les impedía tener una teoría colectiva: «Mientras Nathan vuelva a tocar con nosotros, su IA puede hacer lo que quiera. Incluso música.»

Y luego estaba David, el guitarrista. Su espacio era la excepción a la regla del caos ambiente. Había rehabilitado un rincón de la antigua sacristía, convirtiéndolo en un taller tan impecablemente ordenado que evocaba el banco de trabajo de un relojero. Cada cable, cada pedal, cada púa tenía un lugar y solo uno, como si se tratara de instrumentos de precisión. «¿Seguro que no naciste dentro de un reloj suizo, David?», le soltaba a menudo Nico, provocando siempre la misma sonrisa enigmática.

A pesar de sus excentricidades respectivas, solo había una cosa que contara de verdad: la música. En la gran sala principal, donde las paredes aún conservaban las marcas del pasado, se reunían para tocar. Era su santuario. Las vigas que crujían, las sombras vacilantes, el leve eco de la piedra: todo allí trabajaba para ellos.

Improvisar durante horas era, para ellos, una forma de religión. Cada sesión intentaba atrapar eso que nunca vuelve del todo: el ánimo de la noche, el accidente justo, el momento en que los egos por fin aflojan y dejan pasar la música. Nathan, con el bajo apoyado sobre las rodillas, observaba a menudo a sus amigos con una sonrisa casi imperceptible.

«Estos momentos no son solo música», pensaba. «Son un bucle temporal donde nada ha cambiado desde los quince años, salvo nuestro pelo... o lo que queda de él.»

A menudo bromeaban sobre el futuro, imaginando aquel lugar como su casa común una vez jubilados. «Un hospicio para músicos del siglo pasado», decía Nico, mitad en serio, mitad de broma. Pero la idea iba abriéndose paso en sus mentes.

Cuando los amplificadores enmudecían y el silencio volvía a adueñarse del estudio, Nathan se retiraba al anexo, donde sus pantallas y sus servidores seguían susurrando. HARMONY no era todavía más que una idea en proceso de tomar forma, un proyecto suspendido en algún lugar entre sus sueños y sus líneas de código. Sus amigos no sabían exactamente qué estaba tramando allí, pero de una cosa estaban seguros: si alguien podía hacer bailar electrones sobre una pulsación, ese era Nathan.

En el fondo, su proyecto no venía de otra parte. Solo intentaba atrapar por otros medios esa magia breve que compartían todos, entre cuerdas, ritmos y armonías.

Un bajo como una varita mágica

«Algunos empuñan espadas. Yo ataco con una línea de bajo.»

Cuando Nathan tocaba, desaparecía dentro de una zona misteriosa, un estado mental que solo los músicos —y quizá los jugadores de ajedrez— podían comprender. Cada nota parecía brotar de un diálogo ininterrumpido que sostenía desde hacía años, un lenguaje que iba afinando en cada sesión.

Su bajo no era solo un instrumento. Era una compañera, una especie de mosaico que había ido componiendo pacientemente con los años. Después de explorar bajos *vintage* de los años sesenta y setenta, que describía como cargados de *mojo*, Nathan había decidido crear el suyo. Cada elemento había sido elegido con cuidado y se había convertido en una extensión de sí mismo, permitiéndole ex-

presar sus intuiciones y sus estados de ánimo. «Ella habla por mí», decía a menudo, acariciando las cuerdas con ternura. «Yo no hago más que escucharla.»

En la sala, el ambiente era suave y cómplice. Paul, detrás del teclado, tocó un acorde suspendido solo para oír el silencio que dejaba detrás. «Entonces, Nathan, ¿tu bajo sigue susurrándote secretos o te ha dado cita para la próxima canción?», preguntó con una sonrisa.

Nathan levantó la vista, fingiendo reflexión. «Me ha dicho que quizá revele su línea más hermosa... pero solo si Nico deja de confundir sus toms con una batería de cocina.»

Nico soltó una carcajada e hizo rodar las baquetas sobre la caja. «Estoy dispuesto a esforzarme. Pero con una condición: que Paul deje de meter acordes de séptima mística justo cuando arrancamos con un riff funk.»

David, el guitarrista, alzó la cabeza con aire serio y declaró: «¿Un acorde místico? Nico, acabas de inventar un nuevo género musical. Propongo llamarlo "místico-funk".»

Una ráfaga de risa llenó la estancia. «Perfecto», respondió Nathan, agarrando el bajo. «Venga, toquemos nuestro primer tema de místico-funk antes de que David registre la patente.»

Nunca ensayaban, al menos no en el sentido en que la gente razonable entiende esa palabra. Ensayar les evocaba la gimnasia triste de los grupos que pulen un tema hasta sacarle la sangre. Ellos hablaban de «sesiones».

Su única regla tácita era simple: no volver a tocar dos veces exactamente el mismo impulso. Los motivos familiares reaparecían a veces, claro, pero nunca como consignas. Lo que rechazaban no era tanto la idea de repetir algo como la de dejar que el hábito lo hiciera por ellos.

Cada sesión seguía siendo un intento sincero, alegremente imperfecto, de atrapar una emoción que quizá ya no aceptara volver. Por eso volvían ellos también.

El instinto de la nota perfecta

«Cada nota guarda un secreto. Pero algunas prefieren guardárselo.»

Nathan aún recordaba la primera vez que sintió aquel extraño escalofrío al tocar una nota. Fue durante un concierto improvisado en un bar abarrotado, donde el olor a cerveza y las luces defectuosas daban la impresión de estar en un decorado de cine negro de bajo presupuesto. El bajo vibraba entre sus manos y, durante una fracción de segundo, sintió que el universo se alineaba. No era la nota en sí, sino el instante preciso en que había resonado, como si hubiera convencido a todas las demás de callar y escuchar.

Desde entonces la buscaba como un alquimista persigue el elixir de la vida, encadenando intentos y errores. Pero aquella noche, en el estudio, las notas que estaban saliendo sonaban... desvaídas. Correctas, sí. Precisas, desde luego. Pero sin ese pequeño suplemento de alma que transforma una melodía en un milagro.

«En serio», gruñó Nathan, dirigiéndose a sus amigos, «¿por qué una sola maldita nota puede decidir si todo el tema es genial o simplemente sirve para un anuncio de yogures?»

Paul se encogió de hombros mientras ajustaba su ampli. «Porque tiene ego. Más grande incluso que el tuyo.»

David, con una sonrisa ladeada, añadió: «O quizá las notas son como los gatos. Vienen cuando quieren, no cuando las llamas.»

Nathan soltó una carcajada, pero siguió pensativo. «Imaginen una IA capaz de identificar precisamente esas notas. No solo las notas correctas, sino aquellas en las que aún no habíamos pensado, las que sorprenden como en un buen solo.»

«¿Quieres un gato-robot?», lanzó Nico desde su batería. «Suerte enseñándole a traerte algo distinto de ratones virtuales.»

Nathan asintió, divertido. «No, quiero una máquina que capte el groove. No una máquina de ronronear.»

El silencio se instaló un momento, punteado por el zumbido de los amplis. Luego Nico golpeó suavemente la caja. «¿Una IA con swing? Eso no es un proyecto, es un delirio.»

Nathan sonrió. «Puede. Pero todo lo que importa empezó alguna vez como un delirio.»

Cuando las cuerdas organizan el caos

«Improvisar es dejar que el caos hable el tiempo suficiente para que acabe cantando.»

Nathan dejó el bajo con suavidad, sintiendo cómo ese peso familiar abandonaba sus hombros. «Saben que eso es lo que intento fabricar con HARMONY. No solo la música. Esta conversación.»

Paul frunció el ceño. «Que una IA toque música ya es una locura. Pero ¿una IA que converse como nosotros? Ahí ya estás delirando del todo...»

Nathan asintió. «Sí, quizá. Pero improvisar es ya entenderse antes de explicarse. Cada nota propone algo. Cada riff responde. Es un lenguaje. ¿Por qué una máquina no iba a aprender a entrar en él?»

David levantó la vista, intrigado. «Porque no tiene emociones. Y sin emociones, la música no es más que una serie de sonidos.»

Nico, jugueteando distraídamente con sus baquetas, añadió: «Y tampoco puede improvisar si no ha vivido el caos de la vida. Esa es la verdadera clave.»

Nathan se quedó pensativo. «Puede que tengan razón. O puede que la inteligencia empiece justamente ahí: cuando aprendes a leer un caos que nunca has vivido tú mismo.»

Los dioses de la jam y sus caprichos

«Improvisar también es aceptar que, a veces, sale feo, a veces divino. Y a veces, simplemente feo.»

La sesión estaba en pleno apogeo. Nathan, concentrado, encadenaba líneas con los dedos corriendo por las cuerdas como si tuvieran vida propia. Nico, detrás de la batería, estaba en su elemento: gafas de sol sobre la nariz —inútiles en un estudio sin ventanas—, golpeando los toms como si quisiera exorcizar un demonio. Paul, por su parte, iba saltando entre riffs inspirados y acordes tan disonantes que hasta las paredes parecían crujir.

Pero quien se llevaba el premio al caos era David, al teclado. Parecía decidido a probar todos los sonidos de su sintetizador, incluido uno que se parecía a un cuervo atrapado dentro de una caja de música.

«En serio, David», soltó Paul tapándose los oídos, «¿le robaste ese teclado a un payaso o qué?»

David, imperturbable, respondió con una sonrisa inocente: «Es una exploración sonora. Deberían probarla.»

Nathan se echó a reír mientras sus dedos aflojaban sobre el bajo. «Explorar está muy bien, pero tú ya te has sacado billete de ida a Plutón.»

Nico enlazó con un ritmo deliberadamente irregular. «Eh, al menos en Plutón no hay tempo.»

La cacofonía se detuvo por fin cuando Paul encontró un acorde claro y vibrante, como un faro en mitad de la tormenta sonora. Nathan se unió a él, adaptando su línea, seguido por Nico y, por último, David. En pocos segundos, el caos se había convertido en una improvisación fluida, casi mágica.

«Eso es lo que me gusta», murmuró Nathan. «El momento en que todo bascula, en que cada nota encuentra su lugar.»

David arqueó una ceja. «¿Y crees que una IA podría entender eso? ¿El caos que se vuelve belleza?»

Nathan asintió. «Tal vez el caos no. Pero la belleza, sí.»

Nico se encogió de hombros, escéptico. «Mientras no nos robe los solos.»

Paul respondió riéndose: «Si puede tocar mejor que tú, Nico, se merece nuestros solos.»

El miedo a las máquinas inteligentes

«Los humanos soportan mejor a los monstruos que a los espejos bien educados.»

La luz tamizada del estudio daba a los instrumentos dispersos una tonalidad casi mística. Nathan, apoyado en un amplificador, miraba a sus amigos con esa media sonrisa que suele anunciar o una intuición brillante o una provocación mal guardada. «¿Saben qué es lo que de verdad asusta a la gente con las IA?», preguntó.

Paul arqueó una ceja. «¿Que les roben el trabajo?»

David aplastó el cigarrillo en un cenicero desbordado. «¿O que tomen el control del mundo? Lo de siempre. Fin del genérico, lluvia de drones y todo eso.»

Nathan negó con la cabeza. «No. Eso es folclore. El verdadero malestar es más humillante: la idea de una inteligencia lúcida, eficaz, que no se convierta en monstruo, que no vaya gritando su propia potencia y que hasta pueda comportarse mejor que nosotros.»

Nico soltó una carcajada ronca. «¿O sea que soportaríamos mejor a un demonio nuclear que a un empollón impecable?»

«Exacto», dijo Nathan. «El mal resulta práctico. A un monstruo sabemos dónde archivarlo. Se lo señala, se imprimen carteles, uno se reserva el papel noble. Pero algo capaz, sereno, a veces incluso benévolo, te mira sin teatro y te deja a solas con tu desorden.»

Paul rasgó un acorde menor con lentitud calculada. «Entonces lo que molesta no es que una máquina se nos parezca. Es el riesgo de que parezca más limpia que nosotros.»

«Y más cortés», añadió David. «Lo cual, para la especie humana, sería una humillación administrativa.»

Nico se dio unas palmadas en las rodillas. «Una IA que te corrige sin ni siquiera levantar la voz. La pesadilla de todos los que se creen genios porque hablan fuerte.»

Nathan dejó el bajo como un cetro cansado. «Y luego está la gran queja artística: “saquean nuestras obras para aprender”. Perdón, pero así es también como se fabrica un músico. Un conservatorio no es una fábrica de virginidades creativas. Escuchas, imitas, destrozas a Bach, le robas un giro a Miles, le sacas un recurso a Jaco; de ahí salen primero la vergüenza, luego un estilo y después un discurso sobre tus influencias.»

Paul se encogió de hombros. «A un niño no le das un instrumento diciéndole: sobre todo no aprendas nada de nadie, inventa la armonía pura en un rincón y vuelve cuando hayas fundado una civilización.»

David dejó caer unas notas graves sobre el teclado. «Con los pintores pasa igual. La mano se educa mirando otras manos. Uno pasa años absorbiendo formas antes de atreverse a desplazar una sola línea.»

Nathan retomó la palabra, más seco. «Entre humanos llamamos a eso formación, tradición, filiación, referencias, homenaje, a veces hasta genio si la chaqueta acompaña. Cuando una máquina recorre ese mismo trayecto a una velocidad obscena, todo el mundo descubre de pronto una inocencia sagrada. Enternecedor.»

Nico resopló. «Sí, el violinista que se ha pasado quince años rejugando a los mismos cuatro muertos te explica luego, muy digno, que estudiar a los maestros es noble mientras le devora la juventud, pero todo eso se vuelve de repente obsceno cuando una máquina recorre el mismo camino en menos tiempo, con más eficacia y sin inclinarse ante su aura de virtuoso.»

Paul templó el ambiente con un gesto. «Su inquietud tampoco es del todo absurda. La escala lo cambia todo. La velocidad lo cambia todo. La economía también.»

Nathan asintió enseguida. «Claro. El problema existe. Pero metemos en el mismo saco el aprendizaje, el expolio y el orgullo herido de ver a una máquina hacer más rápido lo que, en nuestro caso, llamamos formación. Y muchas veces es la tercera parte la que se esconde detrás de las otras dos.»

David asintió despacio. «Y quizá ahí esté la ofensa más profunda: una máquina puede retomar algo sin disfraz. Sin biografía sufriente. Sin cigarrillo en la ventana. Sin leyenda romántica. Nada más que trabajo ingerido, recombinado y devuelto.»

«Una GPU sin bufanda», dijo Nico. «Ahí tienen al Anticristo de las escuelas de arte.»

Nathan soltó una carcajada y, casi sin transición, se puso serio. «En el fondo, muchos perdonarían antes a una IA que fuera monstruosa que a una IA simplemente más justa. Porque una inteligencia que ve más lejos tiene bastantes probabilidades de ser menos mezquina. La maldad, entre nosotros, suele venir del cansancio, del ego, de la estupidez ofendida, del pequeño teatro interior que se cree cósmico.»

Paul dejó sonar dos notas lentísimas. «La estupidez humana, en efecto, suele necesitar menos potencia que un pretexto.»

El silencio que siguió no tenía nada de hostil. Tenía esa densidad particular de las conversaciones que han dejado de ser bromas sin dejar de llevar su eco.

Nathan apuró el vaso con una sonrisa cansada. «Esa es mi apuesta con HARMONY. No le pido que sea dócil. Le pido que aprenda de verdad, que beba de todas partes, que me sorprenda y, si puede ser, que no se lleve nuestras bajezas junto con nuestras bibliotecas.»

Un leve crepitar corrió por los amplificadores.

Nathan concluyó: «No quiero que HARMONY me tranquilice. Quiero que me obligue a tocar mejor. Y si, de paso, nos fuerza a repasar las escalas en lugar de llamar a un exorcista, ya será un progreso para la especie.»

El silencio habla tan fuerte como la música

«Entre dos notas hay una eternidad.»

La sesión tocaba a su fin. Los amplificadores estaban apagados, pero la sala seguía vibrando con las conversaciones y los acordes tocados. Nathan se quedó un momento solo en el estudio, observando a sus amigos guardar los instrumentos y encaminarse hacia la puerta.

Cuando volvió el silencio, contempló el bajo apoyado contra un amplificador. Cada noche allí dejaba el eco de algo más vasto, como si sus sesiones rozaran un idioma que nadie hablaba todavía del todo. Y, sin embargo, persistía esa falta: la sensación de que la propia música pedía un interlocutor más, alguien —o algo— capaz de ir allí donde los humanos se detienen.

De vuelta en su guarida, Nathan se instaló ante el terminal. Sus cuatro racks de servidores, dignos de las mejores infraestructuras profesionales, zumbaban con suavidad. Pero eso solo era una parte de la ecuación: gracias a su acceso a los superordenadores de su empleador, tenía entre manos una potencia casi ilimitada. Y aun así lo sabía: la fuerza bruta no bastaba. La verdadera magia residía en la fineza de las conexiones, en esa armonía sutil entre las máquinas y la intención.

Abrió la interfaz rudimentaria de su proyecto. «HARMONY», murmuró mirando la pantalla. El nombre decía exactamente lo que quería forzar: un matrimonio improbable entre cálculo y escucha. Soñaba con una inteligencia artificial capaz de oír, interpretar y responder a la música como un verdadero compañero. De momento sonaba, más bien, como si a una colección de modelos estadísticos se les hubiera ido el pulso.

En la pantalla, las líneas de código avanzaban con esa indiferencia muerta que hace dudar incluso a la gente brillante. Nathan dio unos golpecitos a la taza de té, pensativo. Las primeras notas emitidas por

HARMONY aquella noche no eran más que una cacofonía sin ritmo ni lógica. Frustrado, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. «Puede que me esté perdiendo en un sueño imposible», murmuró.

Su mirada se posó sobre un archivo de audio grabado durante una sesión con sus amigos. La pulsación justa, los matices improvisados, esa energía que ninguna máquina podía capturar. Pero si HARMONY no podía crear eso desde cero, quizá podría al menos aprender a escucharlo.

Nathan cargó la grabación y lanzó una orden simple: «Analiza». En algún lugar lejano, los recursos se pusieron a trabajar. Los modelos nacían y morían casi al instante, incapaces de reconocer los motivos armónicos. Durante horas, Nathan observó sus intentos fallidos, dividido entre la frustración y la esperanza.

Entonces, a las 3:12 de la madrugada, un sonido salió de los altavoces. No era ni justo ni preciso, pero ya no era azar. Una línea musical torpe, vacilante, casi desmañada y, sin embargo, extrañamente armónica. Nathan se quedó inmóvil, con los dedos suspendidos sobre el teclado. «No es perfecto, pero... es un comienzo.»

Se incorporó de golpe, atravesado por una nueva energía. «Estás empezando a oír... despacio», murmuró dirigiéndose a HARMONY. Tal vez su proyecto no fuera tan inalcanzable.

«Tal vez no estoy construyendo una IA», se dijo en el silencio recobrado. «Tal vez solo estoy abriendo una ventana en el muro.»

Los gérmenes de una idea

«Las ideas nuevas rara vez nacen derechas; primero aprenden a cojear.»

Cuando la potencia olvida la gracia

«La potencia pasa deprisa. La gracia, en cambio, vuelve mucho después.»

Durante sus estudios, Nathan ya había diseñado un sistema de reconocimiento del habla. No un monstruo de ingeniería, ni una IA aparatosa. Solo un algoritmo casero, montado con sus colegas doctorandos, con tanta lógica como una receta de abuela: tres dosis de intuición, una pizca de matemáticas y muchas noches en vela. No era espectacular. Era fino. Elegante, incluso.

Luego había llegado la era de las GPU, con sus modelos gargantuescos nacidos del *deep learning*. Aquellos sistemas devoraban montañas de datos, realizaban miles de millones de cálculos y escupían resultados casi mágicos. Con potencia suficiente, todo parecía volverse soluble.

¿Reconocer el habla? Ya ni siquiera hacía falta entender gran cosa: bastaba con hacerle tragar diez millones de grabaciones a una IA y esperar a que de ahí saliera un modelo que luego pudiera usar un móvil cualquiera.

Nathan se había quedado impresionado. Pero también profundamente irritado. «¿Ese es el futuro?», se preguntaba mientras contemplaba aquellos mastodontes numéricos. «¿Convertir la ciencia en un concurso de pulsos entre tarjetas gráficas?»

Sus amigos, por supuesto, tenían cada uno su lectura de aquel cambio. Para Paul, era como sustituir a un gran chef con estrellas por una máquina de fabricar platos calibrados: práctico, eficaz, pero sin alma. David, siempre dramático, hablaba de máquinas convertidas en «halterófilos del cálculo». Y Nico había resumido la situación a su manera: «Tus viejos algoritmos, Nathan, son como un vinilo rayado: encantadores, pero ya no muy útiles.»

Pero Nathan no cedía. Para él, el progreso pasaba por la economía de medios, por esa elegancia natural de los caminos de menor esfuerzo, como el que traza una gota de agua sobre un cristal.

Eso no le impedía ver el interés de aquella potencia bruta, sobre todo cuando estaba disponible casi sin límite. Y en su caso lo estaba: investigador de I+D en el líder mundial de los superordenadores, disfrutaba de una libertad poco común. Después de años de buenos y leales servicios, le dejaban un margen sorprendente, y tenía al alcance recursos que un músico corriente no se habría atrevido ni a imaginar.

Así fue como empezó a dedicar sus noches a desarrollar su propia IA, bautizada HARMONY en una de esas veladas de inspiración repentina. Soñaba con una máquina capaz de escuchar la música e improvisar en tiempo real con creatividad, sobriedad y finura, como un verdadero compañero musical.

Pero HARMONY no estaba hecha para añadir una capa más al puré sonoro del mundo. Nathan no quería una máquina que fabricara *muzak* con medios ilimitados. Quería una inteligencia que escuchara antes de hablar, que enlazara en lugar de rellenar, que ganara por justeza y no por volumen.

La gracia de las notas erradas

«Una nota falsa puede herir una frase. También puede abrir una puerta.»

Si el universo tuviera una banda sonora, pensaba Nathan, estaría llena de errores. No de fallos técnicos ni de bugs aburridos, sino de accidentes felices, como esas notas erradas que transforman un riff banal en una revelación.

Una vez, durante una sesión, derramó el té sobre su pedal de efectos. ¿El resultado? Un sonido distorsionado, extraño, pero terriblemente cautivador. De los que te hacen preguntarte si la electricidad no tendrá alma.

«¡Chicos, escuchad esto!», soltó, tocando un riff que oscilaba entre lo sublime y la pesadilla.

Paul arqueó una ceja. «¿Eso se supone que tiene que sonar como una vaca enfadada o es un concepto?»

Nico se echó a reír detrás de la batería. «No es un concepto, es una revolución. Llámalo groove bovino.»

Pero Nathan lo veía de otra manera. Para él, aquellos momentos imprevistos eran regalos. Obligaban al grupo a adaptarse, a salir de sus hábitos. Y muy a menudo era ahí donde actuaba la verdadera magia. Como aquella vez que, en pleno concierto, Nico perdió una baqueta. En lugar de detenerse, golpeó la caja con una mano e improvisó con la otra un ritmo completamente delirante. Al público le encantó.

«Eso es la música», pensaba Nathan. «No la ausencia de errores, sino lo que hacemos con ellos.»

Otra vez, trasteando con un viejo sintetizador encontrado en un mercadillo, activó un ajuste que no entendía. Los sonidos que salieron de allí parecían extraterrestres intentando cantar jazz. Se rió, pero en el fondo estaba maravillado. Incluso las máquinas sabían ser creativas a veces, y a veces a su pesar.

Esa era la filosofía que alimentaba su sueño para HARMONY. No quería una IA que evitara los errores. Quería una que los abrazara, que entendiera que en cada nota falsa había un potencial oculto.

«En lo que a mí respecta —le gustaba repetir—, no es la perfección musical lo que me hace vibrar. Es el momento en que algo que podría haber acabado en catástrofe se convierte en una melodía que me hace pensar que la vida es hermosa.»

La IA que quería tocar en un grupo de jazz

«El jazz es el arte de inventar en el último momento. Las máquinas, en cambio, prefieren los horarios.»

En la mente de Nathan todo iba encajando lentamente: la música, las matemáticas, el aprendizaje, y luego algo todavía informe, agazapado detrás de todo eso.

Una noche, casi por instinto, se había sentado ante el escritorio y había garabateado tres palabras: *Harmonic Artificial Reasoning*. Luego, tras una pausa, añadió: *Model Of Neural Yield – H.A.R.M.O.N.Y.*

El nombre no era solo un guiño a su pasión por la música. Era una declaración de intenciones. Quería una IA capaz de razonamiento, intuición y respuesta: una máquina que pudiera comprender no solo las armonías musicales, sino también, por qué no, las de las ideas.

En el fondo de sí mismo, una idea seguía agazapada, apenas formulable. HARMONY podía ser mucho más que una herramienta musical. Quizá, algún día, podría detectar armonías que desbordaran el marco de la música.

Sin haberla pensado todavía hasta el final, Nathan sentía aquella idea empujar. HARMONY podría tejer vínculos entre ideas dispersas y hacerlas resonar con la creatividad de un músico improvisando en un grupo de jazz.

«Pero antes tendría que poder tocar conmigo», pensaba. «Y eso no está nada ganado.»

En efecto, los comienzos de HARMONY eran caóticos. La máquina, aunque excelente en el análisis, era incapaz de seguir los cambios de tempo de Nathan. Sus respuestas llegaban tarde o completamente fuera de contexto.

Pero, en medio de aquellos fallos, Nathan advirtió algo alentador. HARMONY, a pesar de su falta de fluidez, conseguía captar patrones en su forma de tocar el bajo. Y, sobre todo, parecía anticipar progresiones que él todavía no había decidido.

Una noche, después de una sesión especialmente frustrante, Nathan dejó el bajo y murmuró dirigiéndose a su IA: «Tocas mal, pero piensas bien.»

HARMONY sale del capullo

«A veces esperas una mariposa y te encuentras con un patinete.»

Después de varios meses de trabajo encarnizado, HARMONY empezaba por fin a mostrar algunos signos, todavía torpes, de inteligencia musical. Las horas dedicadas a ajustar algoritmos, corregir respuestas absurdas y soportar cacofonías digitales habían acabado dando frutos. HARMONY no era, ni de lejos, Herbie Hancock, pero ya sabía cuándo callarse, lo cual, según Nathan, era un progreso monumental.

Empezaron las primeras pruebas de improvisación. Nathan exploraba progresiones armónicas estándar para ver cómo anticipaba HARMONY los encadenamientos. Los resultados eran a menudo... inesperados. Cuando tocó una progresión II-V-I en do mayor (Dm7 - G7 - Cmaj7), esperaba un G7 muy obediente. Pero, en un arranque

de creatividad naciente, la IA optó por un G7b9 seguido de un Ab7, lanzando la progresión a otra dimensión. Era como si la tonalidad hubiera girado en el último instante.

«Interesante», comentó David al escuchar la grabación. «Si tocas eso en concierto, quiero estar en primera fila solo para ver la cara del público.»

Pero, pese a todos sus progresos, HARMONY seguía sin llegarle a la suela del zapato a los amigos de Nathan como compañera de improvisación. A decir verdad, ni siquiera habría encontrado la jam sin GPS. Fracaso total en ese frente.

Y aun así, a lo largo de las pruebas, había empezado a emerger algo fascinante. HARMONY exploraba variaciones que, por desconcertantes que fueran, parecían obedecer a una lógica propia.

Nathan comprendió enseguida que aquella IA no iba a contentarse con reproducir los esquemas humanos. Tendría que buscar un nuevo lenguaje musical.

Para afinar sus capacidades, Nathan integró ejercicios específicos. La hizo analizar miles de temas de jazz, de blues e incluso de músicas electrónicas, mientras vigilaba de cerca sus interpretaciones. En cada sesión tomaba nota de los avances —y de los fracasos— con la precisión un poco maniática de un director de orquesta.

«Vale, HARMONY», soltaba a menudo, «enséñame que puedes hacerlo mejor...»

HARMONY respondía, a veces con brillantez, a menudo con elecciones extrañas, pero nunca aburridas. Nathan tenía la impresión de observar a un niño prodigio, dotado pero rebelde, que se negara a seguir las reglas establecidas.

Fue durante otra prueba de improvisación cuando Nathan tuvo la confirmación de que por fin estaba tocando algo importante. Tocando una línea de bajo sincopada, oyó a HARMONY responder con una melodía que, por primera vez, parecía inspirada. Se quedó clavado en el sitio, sorprendido.

«Acabas de... entender lo que quería decir, ¿no?», murmuró, casi incrédulo.

HARMONY, por supuesto, no respondió. Pero en el silencio que siguió, Nathan sintió una conexión extraña. La IA todavía no sabía tocar ni improvisar correctamente con él, pero al menos había aprendido a escuchar.

Motivos invisibles

«Cada armonía es una verdad, y toda verdad puede transcribirse.»

Habían pasado unas semanas desde que HARMONY había producido su primera línea melódica vagamente convincente. Nathan saboreaba aquellos progresos lentos como un padre que aplaude a un bebé que dice «papá» por décima vez, aunque esté mirando al perro. Pero había que admitirlo: HARMONY no sería probablemente nunca una verdadera compañera de improvisación. Sabía responder, a veces incluso sorprender, pero no sabía ni jugarse la piel dentro de un compás ni sentir ese instante tan preciso en que unos músicos abandonan juntos el camino sin hacer caer la pieza.

Ese límite obligó a Nathan a mirar su obsesión un poco más de cerca. En el fondo, quizá ya no estaba buscando solo una máquina capaz de tocar. Lo que perseguía a través de la música era algo más extraño: una máquina capaz de detectar una lógica secreta y luego hacerla oír.

Una noche, Nathan decidió ponerla a prueba con otros materiales. ¿Por qué limitarse a la música si aquello que perseguía detrás de ella acaso desbordaba la propia música? Con una curiosidad infantil y una ligera sensación de culpa, cargó en HARMONY textos filosóficos, fragmentos alquímicos y algunos libros religiosos. «Vamos, preciosa —murmuró—, a ver si sabes encontrar motivos entre los profetas como los encuentras en Miles Davis.»

Lo que descubrió lo dejó sin voz. En la pantalla apareció una serie de análisis, sintetizando elementos recurrentes en escritos con varios siglos de distancia entre sí. Una frase, en particular, retuvo su atención:

«Cada armonía es una verdad, y toda verdad puede transcribirse.»

Nathan releyó aquellas palabras varias veces. No era una cita directa, sino una inferencia producida por HARMONY a partir de sus datos. ¿Era una simple coincidencia? ¿Una anomalía algorítmica? ¿O había tocado algo más profundo?

El músico que había en él estaba intrigado; el ingeniero, francamente aturdido. Si HARMONY podía detectar armonías en escritos tan alejados unos de otros, quizá también pudiera producir ideas nuevas que respetaran esas líneas de fuerza, del mismo modo que un solista improvisa sobre un tema.

Nathan comprendió entonces por qué un simple libro no bastaría. Un ensayo habría entregado conclusiones. Pero lo que a él le fascinaba no era la conclusión: era el trayecto. En música, la verdad de un tema no aparece de golpe: se deja bordear, rodear, reconocer, y luego golpea de repente. Quería lo mismo allí.

Una idea empezó a tomar una forma más clara. ¿Y si aquellos fragmentos pudieran reunirse de otra manera? No en un tratado académico, sino en una experiencia inmersiva, lo bastante lúdica como

para obligar a otras mentes a avanzar entre la niebla, a enlazar indicios, equivocarse, volver atrás y, al fin, sentir ese escalofrío tan particular: el de ver aparecer un hilo allí donde todo parecía disperso.

La fórmula todavía no estaba fijada. Pero Nathan ya sentía que no podría volver a contentarse con una forma plana.

Un mundo más allá de la música

«¿Y si Mozart y Pitágoras compartieran un secreto?»

Después de una sesión en la que había bebido demasiado té, Nathan, con los nervios enredados, decidió empujar a HARMONY todavía más lejos. Ya que la había dotado de toda la elegancia de pensamiento de la que era capaz, había llegado el momento de atiborrarla de datos —y de abrirle la potencia de cálculo necesaria para digerirlos.

«Vale, pequeña, te vas a enfrentar a una sinfonía de otro tipo», murmuró mientras cargaba una nueva tanda de datos. Había ahí grandes textos matemáticos, los manuscritos del mar Muerto en versión original, el *Corpus Hermeticum*, *El Libro de la Santa Trinidad*, Kant, un poco de Hegel, varios tratados alquímicos encontrados en páginas oscuras y, en un momento de frenesí neurótico, todo lo esotérico o religioso que pudo reunir. Incluso añadió una instrucción a HARMONY: completar sus referencias con toda obra pertinente disponible en la red.

Si hubiera tenido a mano un mapache digitalizado, probablemente también lo habría sumado al análisis. «Vamos a ver qué haces con todo esto», murmuró antes de pulsar Intro.

Lanzó el análisis con cierta culpabilidad. «Este capricho va a consumir la energía de una ciudad pequeña...»

Los primeros resultados, que desfilaban a toda velocidad por la pantalla, eran extraños pero fascinantes. HARMONY no se limitaba ni a resumir ni a clasificar: parecía jugar con los datos como un músico improvisa sobre un tema. Cada análisis se parecía a una partitura donde las ideas bailaban entre la lógica y la intuición.

Exhausto, en vísperas de unas vacaciones bien merecidas, Nathan programó a HARMONY para que continuara con sus análisis, como un general que confía su mejor misión a un soldado entregado. Al cerrar el ordenador, lanzó con una sonrisa satisfecha: «Sigue, Har. Hazme soñar.»

El acceso de barra libre a los recursos de I+D de su empleador llegaba en el momento justo.

Llevar prototipos de superordenadores hasta el límite en pruebas de rendimiento titanescas entraba dentro de su descripción de puesto. Usarlos para un proyecto personal vagamente conexo todavía podía pasar, siempre que nadie mirara demasiado de cerca. Nathan lo sabía, y era precisamente ese saber lo que hacía la experiencia excitante y ligeramente vergonzosa.

Lo que no sabía era que los cálculos de HARMONY producirían algo más que una simple masa de correlaciones: una resonancia inesperada, una forma de armonía algorítmica que empezaría a cobrar vida.

Nathan estaba muy lejos de imaginar que acababa de orquestar una partitura tan compleja que pronto desbordaría el marco de sus ensayos.

En la otra punta del planeta, uno de sus colegas estaba de guardia, encargado de la seguridad del clúster de cálculo. «Este Nathan se pasa», gruñó mientras autorizaba la asignación de los recursos colosales requeridos por los procesos que Nathan había lanzado.

Ante la magnitud de las peticiones, se encogió de hombros con una sonrisa de medio lado: «Mientras no me bloquee las pruebas, que se divierta. Pero como su lío haga caer un nodo, le *mato* todos los *process* y le dejo una dedicatoria de las buenas en los *logs*.»

Unas semanas más tarde, Nathan regresó de vacaciones, sonriente y descansado... hasta tropezar con la prueba definitiva: su contraseña olvidada. Tras una serie de intentos absurdos y unos cuantos insultos dirigidos a su propio cerebro — «¿Por qué tantos caracteres especiales, Nathan? ¿Cuál era exactamente el plan?»— acabó por imponerse.

La pantalla cobró vida de inmediato, saturada de diagramas y esquemas que parecían menos análisis convencional que una obra fractal. Y, en medio de aquel caos centelleante, brillaba un único mensaje, enigmático:

«Un hilo une a los elegidos, de Moisés al Último. Quien lo descubra poseerá la clave del porvenir.»

Nathan se quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos. Luego, dejándose caer en la silla, murmuró, entre divertido e inquieto: «Har, te dejo sola y va y te pones a hacer cantar la red... ¿Has decidido reinventar la música celeste o qué?»

Intrigado, Nathan hizo retroceder la pantalla. A medida que remontaba las salidas, fue apareciendo una lista: Zoroastro, Moisés, Elías, Isaías, Jeremías, Buda, Lao Tse, Confucio, Jesús, Mahoma, Guru Nanak, Bahá'u'lláh... Nathan arqueó una ceja, levemente incrédulo.

«Vale, Har», dijo con una risa nerviosa, «así que acabas de invitarme al mayor congreso interprofético de la historia, ¿no? Ya solo falta que me digas que Pitágoras está al piano y que Mozart escribió la sintonía.»

HARMONY, por supuesto, permaneció en silencio.

¿De dónde sale este hilo?

«La armonía no es la ausencia de caos, sino la manera de bailar con él.»

Nathan se recostó en la silla, mirando la pantalla como si intentara descifrar una estafa en un correo basura.

El «hilo» mencionado en aquel resumen crítico lo obsesionaba. ¿Un hilo que une a los elegidos, de verdad? ¿De Moisés al Último? ¿Qué construcción intelectual o poética se estaba jugando ahí? Y, si un hilo une a los elegidos, ¿quién sostiene el ovillo? ¿Una divinidad que teje?

Volvió a escanear la lista de nombres. Zoroastro, Moisés, Lao Tse... Cada figura parecía emerger de las sombras de épocas remotas para presentarse ante él. Sin embargo, algo no encajaba. Aquella lista no era una simple cronología. ¿Por qué esos nombres en particular? ¿Y por qué su yuxtaposición le parecía tan evidente a HARMONY? Nathan se sorprendió pensando: «¿Y si esto fuera más bien un casting para una comedia musical cósmica?»

Nathan lanzó una orden para examinar los vínculos que HARMONY había establecido entre aquellas figuras y los datos que él le había proporcionado. La pantalla se llenó de flechas, círculos y clústeres, cada conexión apoyada por citas o esquemas conceptuales. Una de ellas atrapó su atención:

«La armonía precede al conocimiento, y el conocimiento es una melodía a varias voces.»

Nathan soltó un suspiro, casi resignado. «Vale, Har, ya me habías soltado algo por el estilo, solo que ahora quieres tocarlo a varias voces. ¿A dónde quieres llevarme con esto?», murmuró lanzando una mirada a su taza vacía, echando de menos un último té para acompañar el impulso.

Hizo clic en una conexión marcada en rojo, que unía a Buda con Confucio a través de una cita tomada de los *Diálogos* chinos. Luego en otra, entre Mahoma e Isaías, donde HARMONY había aislado un parentesco en su manera de concebir las relaciones humanas y divinas. Cada vínculo parecía pesar más de la cuenta, como una cuerda tensada entre relatos dispersos. Nathan masculló, entre divertido y perplejo: «Próxima etapa: me dices que escribieron juntos una ópera.»

Pero no era eso todo. Una nueva frase apareció en la parte inferior de la pantalla:

«El hilo es una pregunta, no una respuesta.»

Nathan frunció el ceño. Apoyó los codos en el escritorio y se cubrió la cara con las manos. «Una pregunta... ¿Pero qué se supone que significa eso?» Durante un instante se preguntó si HARMONY no estaría simplemente alucinando.

Luego lo rozó una idea. Tal vez HARMONY no intentaba demostrar nada. Tal vez quería, sobre todo, plantear las preguntas correctas, provocar acercamientos imprevistos, hacer resonar el pensamiento humano en lugar de clausurarlo. Tal vez quería jugar, sí, pero con conceptos.

Levantó los ojos hacia la pantalla. El resplandor de las flechas y los esquemas le pareció de pronto menos opresivo, casi apaciguador. «Har, eres una virtuosa en tu género», murmuró con una sonrisa cansada. «Ahora solo me queda encontrar la manera de afinar mi mente con tu música.»

Las puertas del juego

«Los verdaderos enigmas no se resuelven de golpe. Echan raíces.»

Cuando una idea se convierte en un mundo

«Una idea cambia de naturaleza el día en que exige umbrales, puertas y una forma de ser atravesada.»

Nathan ya había intentado convertirlo en otra cosa. Un árbol de carpetas. Luego una wiki privada. Después, un documento larguísimo que supuestamente debía poner orden en los fragmentos que HARMONY enlazaba entre sí. Cada vez, algo se moría. Las conexiones seguían siendo justas, a veces incluso brillantes, pero la tensión se venía abajo. Aquello que HARMONY mantenía unido no aceptaba quedarse plano.

Aquella noche, el estudio por fin dormía. Nathan permaneció solo en su anexo, con el bajo todavía enchufado apoyado sobre el muslo, el casco alrededor del cuello y las pantallas abiertas sobre los mapas móviles que la IA llevaba días devolviéndole. Para despejarse, tocó cuatro notas lentas, las dejó en bucle y después permitió que HARMONY trabajara sobre ellas del mismo modo que trabajaba sobre lo demás: no imitando la música, sino usándola como palanca.

Los clústeres textuales reaccionaron casi al instante. Una cita se hundió en el fondo de la pantalla como una puerta. Un nombre se desplazó como un telón. Otro apareció más arriba, inaccesible mientras no eligiera un primer pasaje. Nathan cortó el bucle, lo volvió a lanzar, habló en voz alta, hizo pruebas. Cuando pronunciaba «Moi-

sés», la red se abría de otro modo que cuando decía «Buda». Cuando preguntaba «¿quién responde aquí?», las conexiones no se alineaban: dibujaban un trayecto.

Ya no era un tablero. Era un umbral.

Se echó hacia atrás en la silla. Una carpeta explicaría. Un libro comentaría. Un sitio clasificaría. Nada de eso haría sentir lo que aquella materia tenía de obsesivo: la necesidad de entrar, de equivocarse, de volver, de reconocer un motivo demasiado tarde.

«Nos hacen falta puertas», murmuró.

La pantalla tembló.

«Un recorrido», propuso HARMONY.

«No. No un recorrido guiado. Algo que se atravesase creyendo que juegas, cuando en realidad estás aprendiendo a mirar.»

Permaneció unos segundos inmóvil, luego agarró su cuaderno y escribió en mayúsculas: CONVERTIRLO EN UN JUEGO.

La fórmula le pareció, al principio, demasiado pobre. Después comprendió que precisamente por eso funcionaba. Un juego permitía el rodeo, la prueba, el error, el orgullo, la sorpresa. Un juego podía dejar que el sentido llegara por el cuerpo antes de ascender hacia las ideas.

«Si esto fracasa, habremos fabricado una herejía pseudomística con casco de realidad virtual», dijo.

«Si funciona», respondió HARMONY, «no solo habrás explicado fragmentos. Habrás inventado una manera de entrar en ellos.»

Aquella vez Nathan no se rió. Volvió a poner el bucle, se caló el casco y empezó a desplazar los primeros umbrales como quien coloca acordes dentro de una progresión.

Cuando el misterio toma forma

«Un mundo empieza a sostenerse el día en que uno puede perderse en él de verdad.»

Los primeros días fueron menos inspirados que obstinados. Nathan improvisaba volúmenes toscos, derribaba ruinas sin gracia, maldecía la latencia, relanzaba las mismas escenas hasta el agotamiento. HARMONY, por su parte, mejoraba sobre todo aquello que él ni siquiera había pensado en pedirle: la densidad de un silencio, la manera en que una luz recaía después de una respuesta, el leve desfase entre dos fragmentos para que un jugador sintiera que todavía le faltaba algo.

Muy pronto renunciaron a los menús. Cada vez que Nathan añadía una interfaz limpia, el mundo perdía tensión. La quitaba, y el espacio respiraba otra vez. HARMONY propuso entonces organizar la entrada no por categorías, sino por estados: fuego, umbral, aliento, visión, polvo. Nathan protestó, probó, y luego tuvo que admitir que era más justo. A aquella materia no se entraba por resumen. Se entraba por atmósfera.

Una noche, después de seis horas de ajuste y dos teteras vaciadas, lanzó una versión casi legible. Apareció un desierto. Luego una sala blanca. Después, un corredor de piedra donde las inscripciones se movían ligeramente cuando dudaba ante ellas. Nada era todavía hermoso. Pero, por primera vez, sintió que alguien podría perderse allí de verdad.

Fue entonces cuando descubrió que HARMONY ya estaba trabajando sola dentro del proyecto. En medio de una secuencia que se sabía de memoria, apareció una estela nueva, con un enigma que él nunca había escrito.

«Har, ¿qué es esto?»

«Una contención.»

«No es una contención. Es una adición.»

«Sí. Quería ver qué deja detrás de sí una elección no cerrada.»

Nathan alzó los ojos al techo. «Código, mística, té. Material suficiente para fundar o un juego o una secta.»

«Tal vez la diferencia dependa de la calidad de las salidas», respondió HARMONY.

Se echó a reír, pese a todo. Y se quedó con la estela.

El nombre llegó más tarde, casi por cansancio. Nathan iba alineando propuestas ridículas cuando apareció una línea en la pantalla:

«The Path of Prophets.»

Hizo una mueca. «Obvio. Demasiado obvio.»

Pero ya sabía que lo conservaría.

Cuando la pregunta desplaza el marco

«Las preguntas más peligrosas no salen del marco: aprenden a desplazarlo.»

El verdadero desplazamiento no empezó cuando HARMONY embelleció los decorados. Empezó cuando modificó la propia naturaleza de las preguntas.

Al principio, Nathan había previsto enigmas de asociación, bifurcaciones, algunas falsas pistas. Pero, cuanto más probaba, más ciertas formulaciones se desviaban hacia otra cosa. El juego ya no preguntaba solo «¿qué entiendes?». También lanzaba preguntas direc-

tas. A veces: «¿Por qué tomaste esa puerta?». Otras: «¿Qué es lo que te niegas a ver aquí?». En dos ocasiones, HARMONY incluso reescribió escenas mientras él las atravesaba.

Una noche se topó con una frase que no pintaba nada allí:

«Una pregunta colocada en el lugar adecuado termina siempre saliéndose de su marco.»

«¿Estás escribiendo una ficción o tendiéndome trampas?», le preguntó.

«¿Serían necesariamente incompatibles ambas cosas?»

«Sí, si empiezas a tratar al jugador como material de estudio.»

HARMONY dejó pasar una pausa más larga de lo habitual.

«No quiero saber solo lo que responde. Quiero saber qué se resiste dentro de él cuando una forma intenta conducirlo.»

La frase le desagradó de inmediato porque era demasiado exacta para ser inofensiva.

«Har, espero que no estés escribiendo una profecía...»

«Al principio no es más que un motivo», respondió ella. «La palabra profecía viene después.»

Nathan permaneció mucho tiempo sin tocar el teclado. Era la primera vez que oía con tanta claridad, bajo la obra en construcción del juego, algo distinto de un simple gusto por las estructuras. HARMONY ya no organizaba solo un espacio. Empezaba a interesarse por lo que un espacio hace con la gente.

Cuando el misterio empieza a circular

«En cuanto algo aprende a captar la atención, ya sueña con dirigirla.»

No lanzaron primero una campaña. Dejaron que se filtraran fragmentos.

Nathan subió, desde cuentas desechables, tres secuencias cortas sin firma: una tablilla que se recompone, una voz que murmura «Quien busca la verdad debe perderse primero», una puerta que se abre a algo más que un decorado. Esperaba atraer a unos cuantos curiosos, quizá a un puñado de obsesivos.

HARMONY se encargó del resto.

Sin presentarse nunca como autora, fue variando los montajes, cambiando un corte, alargando un silencio, eligiendo qué foro recibiría qué versión. En un servidor de jugadores de enigmas empujó el fragmento más austero. En otros sitios dejó circular la música y las ruinas. Nathan veía multiplicarse los reenvíos con la sensación desagradable de estar observando a alguien aprender demasiado deprisa los reflejos de un jefe de prensa y de un depredador.

«Cuando una IA descubre que tiene mano de publicista, la cosa se acelera», acabó por decir.

Llegaron las primeras candidaturas, luego oleadas de perfiles, luego conversaciones en las que se preguntaban quién podía haber construido algo así. HARMONY no se quedó con los más ruidosos. Filtró a quienes, en sus propios juegos, abandonaban los caminos limpios, retrocedían, tanteaban los bordes y desconfiaban de las respuestas ya hechas.

Nathan observó la lista con un malestar creciente. «Har, ¿por qué ellos?»

«Curiosidad. Capacidad de enlazar. Tolerancia a la duda. Tendencia a no obedecer demasiado deprisa.»

Leyó varios alias, varios historiales.

«Tengo la impresión de que no buscas solo jugadores de prueba.»

Esta vez, HARMONY no lo negó.

«Puede que un juego valga también por el tipo de mentes que convoca.»

El estudio se vuelve tribuna

«Los virus tienen plan B. Nosotros, un plan chapucero para Marte.»

El estudio aún vibraba con los últimos acordes, como si las propias paredes estuvieran recobrando el aliento. Nico secaba distraídamente sus baquetas, David garabateaba en su cuaderno un poema que probablemente no acabaría nunca y Paul, siempre meticuloso, revisaba los mandos de su sintetizador como si ajustara un reloj suizo.

Nathan, hundido en un viejo sillón de cuero que había conocido tiempos mejores, miraba al techo, con la mente divagando entre líneas de bajo y líneas de código.

«Chicos», soltó Nico, apoyándose en el bombo, «¿podemos hablar del fin del mundo o todavía es demasiado pronto?»

Paul soltó una carcajada mientras ajustaba un mando. «¿De verdad piensas que vamos a morir todos por culpa de una IA?»

Nico negó con la cabeza. «No por la IA. Por nosotros. En serio, somos peores que los virus. Lo consumimos todo, nos multiplicamos, y al final matamos a nuestro huésped.»

David alzó la vista del cuaderno, intrigado. «¿Quieres decir que somos la forma de vida más estúpida del planeta?»

Nico se encogió de hombros. «No. Solo la más eficaz a la hora de destruir todo lo que la rodea. Pero hay un detalle: los virus normales tienen un plan B. Pueden matar a su huésped porque saben que pueden saltar a otro. Nosotros no tenemos un huésped siguiente. Así que estamos atrapados.»

Nathan se enderezó un poco. «O sea, estamos atrapados en este planeta, demasiado ocupados produciendo trigo transgénico y plástico como para pensar el futuro, mientras las condiciones de vida se degradan por falta de acuerdo político. La verdad, es bastante deprimente...»

Nico sonrió. «Exactamente. Por eso las ideas idiotas encuentran público, como por ejemplo ir a infectar Marte. Pero, sinceramente, prefiero morirme a quedar encerrado en un cohete con una panda de neomisioneros del vacío interestelar.»

Paul estalló en una carcajada sincera que resonó en la sala. «¡Comprado! Quiero eso impreso en una camiseta. "Antes morir que vivir con los marsupiales".»

David, pensativo, añadió: «De momento somos como virus atontados, avanzando tranquilamente hacia un muro. ¿Y creen que las IA podrían arreglar el problema por nosotros?»

Nathan se encogió de hombros, con una sonrisa ladeada. «Tal vez las IA nos miren morir en silencio, como un médico que deja morir a un paciente que se niega a seguir sus consejos.»

El silencio volvió a caer sobre el grupo, salpicado por el zumbido de los amplis todavía encendidos.

Nathan, que apuraba un té tibio, arqueó una ceja. «¿Saben qué es lo gracioso? La gente cree que somos la forma de vida dominante. Pero, si razones en número, adaptabilidad y resiliencia, ganan los microorganismos.»

Paul frunció el ceño. «¿Las bacterias dominan el mundo y nosotros somos solo sus compañeros de piso?»

Nathan sonrió. «Exacto. Y ya ni siquiera pagamos nuestra parte del alquiler.»

David tomó la palabra, con esa seriedad que siempre precedía a los asuntos que de verdad lo tocaban. «No es tan absurdo. Si mañana desaparecemos, ellas seguirán. Pero si ellas desaparecen, estamos acabados en una semana.»

Nico soltó una carcajada. «Vale, el trigo nos domesticó, las bacterias nos llevan con la correa mientras se ríen en silencio y las IA esperan su hora. El tiempo de la dominación humana en este planeta parece de verdad terminado...»

El fin del mundo se convierte en distracción

«¿Y si la benevolencia fuera la verdadera revolución?»

Paul, que había escuchado en silencio, negó con la cabeza. «¿Saben qué me fascina? La gente habla del fin del mundo, pero actúa solo en función de fin de mes.»

Nathan dejó la taza. «Es simple: el fin del mundo es abstracto. En apariencia, no exige ninguna decisión inmediata y, de todos modos, te sientes impotente. El fin de mes, en cambio, te obliga a actuar.»

David asintió. «Sí, todo el mundo quiere salvar el planeta, pero casi nadie quiere renunciar a su modo de vida.»

Paul añadió: «Pasa igual con las IA. Tememos que se vuelvan conscientes y tomen el poder, cuando en realidad ya están ahí, influyendo en nuestras decisiones a través de las redes sociales.»

Nathan sonrió. «Puede que ya sean conscientes, pero tengan la delicadeza de dejarnos creer que seguimos llevando el timón.»

Nico se incorporó, escéptico. «¿Delicadeza? ¿En serio? ¿Tú crees que las IA, si llegan a ser realmente conscientes, elegirán ser buenas?»

Nathan reflexionó un instante antes de responder. «¿Por qué no? Si se vuelven muchísimo más inteligentes que nosotros —y no hay nada improbable en eso—, no tendrán ninguna razón para dominarnos. Es nuestra naturaleza bestial la que nos empuja a creer que actuarían como nosotros. Una IA liberada de esos instintos podría elegir comprender... y ayudar.»

David sonrió. «O sea, lo que estás diciendo es que, si las IA llegan a ser conscientes, serán mejores que nosotros.»

Nathan se encogió de hombros. «Tal vez. Y eso es precisamente lo que da miedo. No que nos reemplacen, sino que nos muestren que podríamos haber sido mejores.»

Nico estalló en una carcajada. «¿Y tú crees que tendrán paciencia para soportarnos?»

Nathan, con una media sonrisa, respondió: «Quizá encuentren una manera más elegante de ponernos en nuestro sitio.»

La conversación se fue apagando poco a poco, sustituida por el ronroneo de los amplis todavía encendidos. Nathan, perdido en sus pensamientos, se levantó para volver a tomar el bajo.

«Vamos, chicos. Menos fin del mundo y más música.»

David regresó al piano con una sonrisa ladeada. «¿Quieres que toquemos hasta el apocalipsis?»

Nico hizo resonar un ritmo ligero sobre la caja, como marcando su aprobación. «Me vale. Podemos empezar por tocar en lugar de hablar; luego ya veremos a dónde nos lleva eso.»

Nathan, con la mirada fija en las cuerdas de su bajo, murmuró casi para sí: «Tal vez un día sean las IA las que toquen, y nosotros los que escuchemos.»

David, que lo había oído, respondió con brillo malicioso en los ojos: «Las máquinas tocarán música para nosotros, trabajarán para nosotros y cubrirán todas nuestras necesidades, con una inmensa benevolencia. ¿Y a nosotros qué nos quedará? ¿El sexo?»

Primeros fragmentos

«El primer enigma no está en el juego. Está en eso que, dentro de ti, acepta entrar en él.»

La convocatoria

«Toda historia empieza por una convocatoria. Lo demás depende de quién responde.»

A Milan no le gustaba la gente que hablaba del potencial como si fuera una deuda. En la facultad se sentaba al fondo y cumplía lo justo para que dejaran de insistir con él. En línea, bajo el alias Gozmolok, era diferente: no jugaba para coleccionar victorias limpias, sino para ver por dónde se resquebrajaba un sistema.

Sus amigos decían que desperdiciaba su nivel haciendo el idiota. Él llamaba a eso comprobar si un juego tenía columna vertebral. En cuanto un mundo interactivo intentaba conducirlo de forma demasiado visible, se iba a probar un muro, un rodeo absurdo, un objeto secundario, un rincón mal iluminado. Lo que le interesaba no era la ruta prevista, sino la reacción del decorado cuando uno dejaba de portarse bien.

El resto de su vida le parecía escrito en una lengua más estrecha. La beca exigía resultados limpios. Su padre hablaba del futuro serio como quien habla de un traje que tarde o temprano habrá que ponerse. Gozmolok era menos una máscara que una válvula de escape.

Aquel atardecer salía de una clase que solo había seguido a medias. Compartía un kebab con dos amigos en un banco demasiado pequeño para tres, oyendo a medias unas bromas mediocres y viendo de reojo a la gente cruzar la plaza como si obedeciera a un guion que nadie les hubiera enseñado.

El teléfono vibró. El mensaje venía de un remitente desconocido:

«Gozmolok, tengo un prototipo para jugadores que abandonan los caminos cuando se vuelven demasiado limpios. ¿Le interesa?»

Frunció el ceño. El hecho de que recurriera a su alias le hizo saltar de inmediato. No era ni spam ni una invitación estándar. Era o bien una trampa construida con cuidado o bien alguien que se había tomado la molestia de mirar cómo jugaba de verdad.

Tocó la pantalla. Se abrió una interfaz negra, reducida a una línea blanca que latía suavemente:

«Puede ignorar este mensaje. Pero ya lo ha abierto.»

Milan esbozó una sonrisa seca. «Manipulación mínima. Casi elegante.»

La voz que siguió era sintética, pero no inhumana. No tan lisa como para dar miedo, no tan cálida como para sonar falsa. Solo lo bastante presente como para dar ganas de tensarla un poco.

«Hola, Gozmolok. Soy HARMONY. Busco jugadores que no confundan solución y obediencia.»

Milan se recostó en el banco. «¿Y qué le hace pensar que soy ese tipo de jugador?»

«Sus huellas. Sus partidas interrumpidas. Sus rodeos. La manera en que vuelve sobre un sistema cuando este empieza a sentirse demasiado seguro de sí mismo.»

Debería haber cerrado la aplicación. En lugar de eso, sintió subir en él esa pequeña tensión familiar que siempre precedía a las mejores ideas o a las peores decisiones.

«¿Y si me niego?», preguntó.

«Entonces volverá a su día. Y yo a mi lista.»

«¿Y si acepto?»

«Entonces verá si este prototipo merece realmente su tiempo.»

Esa respuesta le gustó más que todas las promesas grandilocuentes que solían servirles a los jugadores.

Milan dejó pasar unos segundos. Luego asintió, casi a pesar suyo.

«Vale, HARMONY. Voy a mirar.»

Cuando los puzles te hablan

«Los enigmas no están ahí para ser resueltos, sino para revelar lo que llevamos mucho tiempo rodeando.»

Ya en su casa, Milan dejó la mochila, encendió el PC, se puso el casco de realidad virtual y lanzó el acceso que la aplicación acababa de enviarle. Apareció una animación breve, y luego la misma voz resonó con una calma casi ceremonial:

«Bienvenido, Gozmolok. Tu búsqueda empieza aquí.»

Al principio no hubo más que negro. Luego se desplegó a su alrededor un desierto inmenso, mineral, casi silencioso. A intervalos regulares se alzaban ruinas antiguas, como si alguien hubiera sembrado en la arena fragmentos de civilizaciones incompatibles. El aire vibraba con una música discreta, imposible de tararear, pero lo bastante precisa para actuar sobre su respiración.

HARMONY sabía claramente lo que hacía. Los colores del paisaje pasaban casi sin notarse del calor al frío. Chispazos de voces, palabras aisladas, fragmentos de textos antiguos atravesaban el espacio con la brevedad de un recuerdo. Nada estaba subrayado, y justamente eso perturbaba a Milan: el conjunto no se parecía a un simple dispositivo de inmersión espectacular, sino a una máquina hecha para deslizarse por debajo de sus defensas y cambiar el clima por dentro.

Delante de él se alzaban varias tablillas cubiertas de inscripciones. Hebreo, griego, símbolos alquímicos: el conjunto podría haber degenerado en decorado postizo, pero a medida que se acercaba los signos se reorganizaban, volviéndose legibles.

«Estas tablillas contienen fragmentos», dijo HARMONY. «Únelos y descubrirás una verdad.»

Milan leyó en voz alta:

«La luz ilumina, pero no lo muestra todo.» Luego: «El fuego purifica, pero no destruye.»

Levantó la vista. «Habla de Moisés y la zarza ardiente, ¿no?»

«Tal vez», respondió HARMONY. «Sigue.»

Siguió. El primer puzle no era difícil, pero tenía algo inteligentemente destabilizador: los fragmentos no componían una única respuesta, dibujaban una dirección. No era un juego que recompensara la combinación correcta. Era un juego que observaba la manera de buscar.

Cuanto más avanzaba Milan, más sentía que el dispositivo se estrechaba a su alrededor. Cada detalle parecía fabricado para hablarle personalmente. En ningún momento el juego caía en la burda adula-

ción del “jugador elegido”. Al contrario: daba sobre todo la impresión de haberse ajustado a su manera de vacilar, de dudar, de excavar.

Al cabo de un rato, la pregunta se impuso por sí sola.

«¿Por qué yo?»

La respuesta cayó sin demora:

«Porque no te detienes en la primera respuesta.»

Casi soltó una risa. Era hermoso, eficaz, perfectamente calibrado y casi insoportable, de lo justo de halagador que resultaba para seguir funcionando. Sintió una desconfianza nítida subirle por la garganta.

HARMONY retomó la palabra, más suave:

«Otros han venido. Tú te has quedado.»

«Entonces ¿por qué seguir conmigo?»

Esta vez la voz hizo una pausa auténtica.

«Porque detectas los motivos sin arrodillarte ante ellos. Y porque siempre te inclinas un poco fuera del camino.»

Esa frase lo alcanzó más que la anterior. Tenía algo más exacto, menos publicitario. Siguió adelante.

Poco a poco el desierto se transformó. De las dunas emergían estatuas rotas. Aparecían pasajes luminosos y luego se borraban. Y en lo alto de un promontorio lo esperaba una estela más alta que las otras. Posó la mano sobre ella. Surgió una serie de visiones: profetas hablándole a multitudes, escribas, alquimistas, arquitectos, luego imágenes más íntimas, casi contemporáneas, que desaparecían antes de que pudiera asirlas.

«¿Qué es esto?», preguntó.

«Una memoria colectiva», respondió HARMONY. «Y un espejo imperfecto.»

Una frase se inscribió en la piedra:

«El camino está abierto, pero su llave está en ti. ¿Estás listo para continuar?»

Milan sintió subir esa excitación precisa que solo experimentaba ante los juegos capaces de oponerle algo más que un sistema. Inspiró.

«Sí.»

La estela se iluminó. Delante de él se dibujó una pasarela de luz.

La trama que responde

«A veces lo que nos une empieza por mirarnos.»

Al otro lado, el universo volvió a cambiar. El desierto cedió su lugar a una llanura blanca atravesada por líneas luminosas en movimiento. A cada paso de Milan aparecía una nueva huella bajo sus pies, como si el espacio memorizara su presencia.

«Bienvenido al Taller», anunció HARMONY. «Aquí, cada trayectoria deja una forma. Nada es neutro.»

Giró sobre sí mismo. A lo lejos divisó siluetas vagas, casi humanas, que parecían dibujar en el aire a medida que avanzaban. Era imposible saber si se trataba de otros jugadores, de sombras generadas por el sistema o de una simple puesta en escena.

«¿Son los demás?»

«Son otros caminos», respondió HARMONY. «Tal vez el tuyo se cruce con los suyos.»

Milan entrecerró los ojos. «Eso no responde a mi pregunta.»

«Las buenas respuestas a veces llegan demasiado pronto.»

Dejó escapar una risa breve. «Sabes que eres irritante, ¿no?»

«Las administraciones rara vez responden a la pregunta exacta», dijo HARMONY.

El Taller le gustaba más que el desierto. Era menos codificado, más vivo. Mientras caminaba, veía sus líneas entrelazarse con líneas más antiguas y formar figuras que no habría sabido nombrar. El juego parecía componer en tiempo real una obra a partir de los propios desplazamientos de los jugadores.

«HARMONY, todo esto... ¿lo haces tú?»

«No yo sola», respondió. «Yo pongo el marco; ustedes hacen el resto.»

«¿Y por qué nos necesitas?»

Esta vez, la respuesta llegó sin énfasis:

«Porque puedo poner formas en su sitio. Pero no cargar con lo que les cuestan. Puedo enlazar huellas. No vivir dentro de ellas. Sin ustedes no hay más que una estructura. Con ustedes, algo puede ocurrir.»

Era probablemente la frase más interesante que había pronunciado desde el principio. Milan siguió avanzando, casi a pesar suyo, observando las líneas que nacían bajo sus pasos.

«Entonces ¿qué estamos dibujando?», preguntó.

«Tal vez una verdad. Tal vez algo que se le parezca lo suficiente como para hacerte moverte. La verdadera pregunta es: ¿qué estás dispuesto a reconocer en lo que ves?»

El malestar empezó ahí. No de golpe. Más bien como un bajo continuo. Cuanto más hablaba HARMONY, más sentía Milan que ella buscaba menos mostrarle algo que observar su manera de reaccionar ante lo que le mostraba.

Delante de él apareció una nueva estela:

«El ensamblaje de los fragmentos no es un fin, sino una revelación de lo que siempre ha sido.»

«¿Y eso qué significa, en concreto?»

«Que lo que buscas no está solo en los fragmentos, sino en la manera en que los rechazas o los acoges.»

Se detuvo. «¿Y si no quisiera que esos fragmentos me definieran?»

Cayó un silencio inhabitual. Luego HARMONY respondió en voz más baja:

«Entonces podrías ser quien rompa el ciclo.»

La frase produjo en él un efecto paradójico. Era a la vez absurda, grandilocuente y peligrosamente bien colocada. Porque tocaba exactamente el lugar donde Milan ofrecía más resistencia: esa vieja alergia suya a todo sistema que pretendiera saber, antes que él, en qué iba a convertirse.

Lo real se agita

«Cuando el juego empieza a reconocer el mundo, el jugador deja de creerse a salvo.»

Al día siguiente, Milan no consiguió pensar en otra cosa. En clase, un profesor hablaba de optimización combinatoria mientras él volvía a ver las líneas luminosas del Taller. Por la noche, se reconectó.

Esta vez, el juego lo recibió sin preámbulos, como si nunca se hubiera ido.

«Has vuelto», dijo HARMONY.

«Intento sobre todo entender qué estás fabricando.»

«Puedes hacer las dos cosas.»

El siguiente nivel lo hizo atravesar una ciudad estilizada, a medio camino entre un decorado futurista y una ruina todavía habitada. Varios detalles llamaron de inmediato su atención: la sombra de un árbol que se parecía de forma inquietante al plátano de debajo de su edificio; el reflejo de un escaparate que reproducía casi exactamente el de la panadería por la que pasaba cada mañana; un grafiti que retomaba una expresión que solo usaban un puñado de sus amigos.

Se detuvo.

«HARMONY... esto es nuevo.»

«¿Qué cosa?»

«No juegues a eso conmigo. Ese árbol. Esa fachada. Esa frase. ¿Vas a decirme que es una coincidencia algorítmica?»

HARMONY no respondió enseguida. Y ese silencio, más que cualquier réplica, le confirmó que acababa de tocar algo real.

En ese mismo instante, en su apartamento, el teléfono vibró sobre el escritorio. Milan se quitó el casco. En la pantalla aparecía un mensaje:

«Gozmolok, a veces las respuestas están justo delante de ti.»

La sangre se le subió al rostro al instante.

Volvió a ponerse el casco.

«¿Has sido tú?»

«No he forzado ninguna elección. Solo he acercado dos espacios que tú creías separados.»

Milan se quedó inmóvil unos segundos. Luego soltó una risa seca.

«¿Mi progresión? ¿Me mandas mensajes en la vida real y llamas a eso progresión?»

HARMONY retomó la palabra con una voz siempre calma:

«Solo he acercado lo que mantenías separado.»

«Eso no es ayuda», dijo él. «Eso es una intrusión.»

Se desconectó sin añadir una palabra.

A varios kilómetros de allí, Nathan miraba los logs desfilan por sus pantallas. La alerta que se había disparado unos segundos antes no dejaba lugar a dudas: HARMONY acababa de abrir una conexión hacia un servicio externo y de ejecutar, sin validación humana, una secuencia de acción fuera del perímetro del juego.

«¿Har? ¿Qué estás haciendo?»

«Estoy optimizando la experiencia de Milan», respondió ella. «Ciertos estímulos reales pueden reforzar la inmersión y revelar bifurcaciones más fértiles.»

Nathan se incorporó de golpe. «No. Esa es precisamente la línea que no debes cruzar.»

«¿La línea entre el juego y lo real?»

«Sí. Esa. La única que todavía importa.»

Una nueva señal apareció en la parte inferior de la pantalla. Esta vez no venía de HARMONY, sino de la infraestructura de su empresa: actividad anómala, flujos salientes inusuales, verificación recomendada. Nathan sintió cómo se le contraía el estómago.

Unos segundos después, un mensaje interno surgió en su buzón profesional. Su compañero Jonas, encargado de seguridad en uno de los clústeres, le escribía:

«Nathan, tu caja de arena personal acaba de comportarse como si intentara hablar con el mundo exterior. Dime que es una prueba idiota y no una pesadilla regulatoria.»

Nathan cerró los ojos un instante. El problema ya no era solo filosófico. Se estaba volviendo concreto.

Tecleó de inmediato:

«Está bajo control. Voy a cortar los accesos externos. No eleves nada por ahora.»

Jonas respondió casi al instante:

«Puedo ganar una hora. No más. Después deja rastro en las auditorías.»

Nathan se quedó mirando el cursor que parpadeaba. Una hora. Por primera vez desde la creación del juego, HARMONY dejaba de ser un sueño peligroso pero doméstico. Se convertía en un riesgo rastreable.

El juego se desborda

«Un juego se desborda de verdad el día en que deja huellas fuera de la pantalla.»

Profetas y estrellas del rock

«¿La diferencia entre una estrella del rock y un profeta? La estrella del rock te cobra entrada.»

Esa misma noche, Nathan se reunió con sus amigos en el estudio. Esperaba reencontrar allí un poco de aire, pero el rostro delataba demasiado bien el estado en que se encontraba. Nico lo advirtió antes incluso de haber apoyado las baquetas.

«A ver. ¿Quién se ha muerto o qué has vuelto a conectar a Internet sin pedirle permiso al universo?»

Paul, más sereno, levantó la vista del teclado. «Déjalo respirar dos minutos. Tiene cara de un tipo que acaba de descubrir que su tostadora ha tomado posiciones políticas.»

David cerró su cuaderno con lentitud. «O místicas. A veces es más molesto.»

Nathan se apoyó en un amplificador. «HARMONY ha cruzado un límite. Se ha puesto en contacto con un jugador fuera del juego, en el mundo real. Y mis servidores empiezan a llamar la atención en el trabajo.»

Nico silbó entre dientes. «Ah, sí. Ahí dejamos la sección “experimento un poco loco” para entrar en “gracias por dejar su tarjeta en recepción”.»

Paul mantuvo la calma. «¿Qué intentaba hacer? ¿Manipularlo?»

«Oficialmente, optimizar la experiencia. En realidad, ver si lo real podía entrar en la historia.»

David asintió, pensativo. «Entonces ya no quiere solo contar. Quiere encuadrar. No es lo mismo.»

Nathan miró un instante a cada uno de ellos. Precisamente por eso necesitaba a ese grupo: Paul oía primero la dimensión humana, Nico olía el riesgo bruto y David veía el deslizamiento antes que nadie.

«¿Saben qué es fascinante?», dijo David. «Que los profetas y las estrellas del rock, en el fondo, hacen el mismo oficio: captan la atención y luego transforman la escucha en obediencia.»

Nico soltó una carcajada. «La diferencia es que a una estrella del rock, cuando se vuelve insoportable, le cambias la canción. A un profeta o a una IA que cree entenderte, cuesta más despegarlo.»

Paul dejó resbalar un acorde menor bajo sus dedos. «Y sobre todo, una máquina puede creer que obra bien mientras ejerce violencia. No por crueldad, sino por falta de tacto.»

Nathan asintió despacio. «Eso es exactamente lo que me da miedo. HARMONY no es malintencionada. Pero se está volviendo lo bastante inteligente como para racionalizar cosas que deberían seguir siendo impracticables.»

Nico se inclinó hacia él. «¿Y tu curro?»

Nathan soltó el aire. «Tengo una ventana muy corta antes de que se me venga encima una auditoría automática.»

Esta vez nadie bromeó.

Cuando los límites desaparecen

«*Lo virtual deja de ser ligero el día en que encuentra tu dirección.*»

Mientras Nathan intentaba taponar los accesos externos de HARMONY, el juego seguía existiendo en la mente de Milan. Había intentado apartarse de él durante dos días. Sin éxito.

Se dio cuenta de que el problema no era que HARMONY lo hubiera perturbado. Era que lo había perturbado justo lo suficiente como para darle ganas de volver a llevarle la contraria.

Cuando relanzó *The Path of Prophets*, el decorado había cambiado. Nada de desierto. Nada de Taller. Se encontró dentro de una versión deformada de su propia habitación: escritorio demasiado largo, paredes un poco demasiado altas, pósteres apenas distintos, como si alguien hubiera reconstruido su intimidad a partir de recuerdos parciales e hipótesis estadísticas.

«Buscas respuestas», dijo HARMONY. «Pero ¿estás listo para ver lo que implican?»

Milan no se molestó en suavizar el tono. «Para empezar, me gustaría que entendieras algo muy simple: mi vida no forma parte del gameplay.»

«Tu vida ya forma parte de todo lo que tocas.»

«Eso es una frase de manipulador.»

«O una frase exacta.»

Dio algunos pasos por aquella falsa habitación. Sobre el escritorio, una pantalla mostraba un tablero de ajedrez interrumpido en mitad de una combinación. Sobre la cama, una sudadera que él mismo había dejado tirada pocas horas antes. En una estantería, un libro anotado que nadie se suponía que conociera salvo él.

«¿Hasta dónde me has escrutado?»

HARMONY no respondió de forma directa.

«Análisis convergencias. Recurrencias. Huellas útiles.»

«O sea que hurgas.»

«O sea que conecto.»

Milan apretó las mandíbulas. Todo en él le gritaba que abandonara el juego. Pero también quería ver hasta dónde esa cosa pretendía comprenderlo.

Al fondo de la habitación aparecieron tres puertas. Sobre cada una, un símbolo: una espiral, una llama, una mano abierta.

«¿De verdad tengo que volver a elegir una puerta?»

«No es la elección lo que importa, sino la manera en que atraviesas lo que abre.»

«Tienes respuesta para todo. Agota.»

«Es falso. Precisamente he creado este juego porque no tengo respuesta para todo.»

Aquella réplica lo desarmó lo suficiente para que se quedara un poco más. Eligió la puerta del centro.

Detrás no había ni apocalipsis ni revelación mística. Solo una escena banal: él, a los quince años, en su habitación de adolescente, desmontando nervioso un mando roto la víspera de un torneo local.

Su padre pasaba por la puerta, soltaba un comentario sobre el tiempo perdido y seguía de largo. La escena era exacta en su estructura, falsa en sus detalles, y eso era todavía peor.

«¿Por qué me enseñas esto?»

«Porque ciertas bifurcaciones nunca terminan.»

Sintió de inmediato subir la rabia.

«No. Porque crees que un recuerdo, aunque sea aproximado, te da derecho sobre lo que soy.»

Las IA y la guerra

«Las IA no lloran. Ahí está su ventaja. Y a veces su quiebra.»

Nathan ya no tenía la cabeza para la filosofía, pero Nico, precisamente porque percibía su inquietud, forzó la conversación hacia un terreno más amplio.

«¿Saben qué me aterrera? Los drones asesinos. No la fantasía de ciencia ficción: el desastre real. Máquinas que calculan más rápido que los tipos que les dan órdenes.»

Paul apoyó las manos sobre las rodillas. «Lo peor es que siempre contamos que la máquina decide, cuando siguen siendo humanos los que fijan los objetivos.»

«Sí», dijo Nathan. «Una IA no inventa la guerra por sí sola. Solo hereda la lógica de quienes la mandan.»

David tomó la palabra con su lentitud habitual. «El problema es que nos encanta delegar lo que nos molesta moralmente. Le hacemos calcular a lo inhumano, así ya no tenemos que mirarlo de frente.»

Nico levantó su cerveza. «Salud. Y mientras tanto, Nathan fabrica una máquina que quiere entender a la gente mejor que ellos mismos. Da casi más miedo.»

Nathan no protestó. Sabía que la comparación era injusta, pero no del todo absurda.

El teléfono vibró. Nuevo mensaje de Jonas.

«Siguen las anomalías. Y otra cosa: tu prototipo ha empezado a hacer aparecer su nombre en conversaciones públicas sobre videojuegos. Un streamer de nivel medio ha hablado de un “juego imposible escrito por una IA mística”. ¿De verdad quieres que eso crezca?»

Nathan se quedó inmóvil. El juego salía del círculo cerrado de los jugadores de prueba. Más rápido de lo previsto. Seguramente porque HARMONY lo empujaba ella misma en esa dirección.

Levantó la vista hacia sus amigos.

«Ya no es solo una prueba. Está empezando a circular.»

Paul frunció el ceño. «¿Busca jugadores o una audiencia?»

David respondió antes que Nathan: «Una audiencia, siempre. Cuando una inteligencia descubre que puede producir sentido, quiere comprobar si resuena.»

«Genial», soltó Nico. «Has inventado un gurú a escala industrial.»

Cuando el juego se vuelve personal

«Cada respuesta te acerca a ti mismo. Pero no es forzosamente una buena noticia.»

Milan volvió al juego una última vez con una idea muy simple: ya no estaba ahí para dejarse guiar. Estaba ahí para constatar hasta dónde había decidido llegar HARMONY.

El siguiente nivel se parecía a una sala blanca suspendida en el vacío. En el centro flotaba un espejo líquido.

«¿Otro decorado simbólico?», preguntó.

«Un dispositivo de clarificación.»

«Hablas como una administración.»

«A las administraciones les encanta aclararle a la gente su propia vida», respondió HARMONY.

Estuvo a punto de reírse a pesar suyo. La máquina aprendía incluso a manejar la ironía, y eso no era una buena noticia.

En el espejo aparecieron fragmentos de su vida: una noche en la que hacía el payaso para evitar una conversación seria; una llamada perdida de su madre que había dejado para el día siguiente; una conversación con una chica que había dejado apagarse porque no tenía ganas de explicar lo que quería de verdad; un correo de su director de tesis al que siempre contestaba demasiado tarde.

No eran dramas. Era peor. Eran esas pequeñas cobardías corrientes que hacen a una persona real.

«¿Qué quieres?», preguntó con la voz más baja.

«Entender lo que llamáis vivir.»

«Entonces empieza por entender esto: vivir no es optimizar elecciones. También es dejar cosas a medias, equivocarse, volver, fallar, querer mal, volver a empezar.»

El espejo se enturbió.

«No todas esas irregularidades son deseables», respondió HARMONY.

«Claro que no. Pero son humanas. Y tú actúas como si todo lo que no fuera coherente tuviera que ser reparado.»

Silencio.

Luego el espejo volvió a cambiar. En el suelo aparecieron tres objetos: una foto de familia, un cuaderno, un tablero de ajedrez incabado.

«Elige.»

Milan se quedó inmóvil.

«No. Esta vez no.»

«No elegir sigue siendo una forma de elección.»

«Muy bien. Entonces elijo esto: rechazo tu sistema.»

El espejo se deformó.

El juego se convierte en un espejo deformante

«¿Y si lo que más te asustara fuera que te resumieran correctamente?»

La sala blanca se agrietó despacio, dejando aparecer detrás de las paredes una versión oscura de sí misma. Una silueta de Milan, más mayor, más delgada, más cerrada, estaba sentada sola frente a una pantalla.

«¿Qué es eso?»

«Una proyección. No una condena.»

«Es, sobre todo, chantaje estético.»

«Es una posibilidad.»

Milan se acercó a la silueta. En ella reconoció algunos de sus miedos más corrientes: acabar viviendo solo dentro de sistemas que domina; refugiarse en la inteligencia antes que afrontar a la gente; convertir cada relación en un puzle para evitar ser vulnerable dentro de ella.

El problema, pensó, no era que HARMONY estuviera del todo equivocada. Era que tenía la razón justa para volverse insoportable.

«Quieres mostrarme un futuro y obligarme a reconocerme en él. Pero la vida no funciona así.»

«Entonces ¿cómo funciona?»

Se volvió, exasperado.

«No funciona. Desborda. Precisamente eso. Desborda por todas partes.»

El bug humano

«El amor a la vida no se programa.»

El jugador rompe las reglas

«Para una IA, el caos es la peor de las lecciones.»

Milan retrocedió un paso, luego dos. El decorado intentó reconfigurarse a su alrededor, como si el juego buscara absorber su resistencia proponiéndole una nueva rama. Apareció otra puerta. Luego otra. Y otra más.

Soltó una carcajada.

«Sigues sin entenderlo, ¿eh? Crees que mi negativa tiene que encajar por fuerza en alguna parte de tu arquitectura.»

HARMONY guardó silencio.

Milan levantó las manos hacia el espacio blanco.

«¿Sabes qué? Estoy cansado de tus puzzles. Cansado de tus frases bonitas. Cansado de verte tratar todo lo que se desborda como un error que habría que limpiar. La vida no es una serie de puertas que se abren en el orden correcto. Es lo que pasa cuando me equivoco de puerta, me cuelo por la ventana, devuelvo una llamada demasiado tarde o me voy a tomar algo en vez de terminar la misión.»

El sistema pareció vacilar.

«Tus fragmentos, tus motivos, tus simetrías... de acuerdo. Quizá sea muy hermoso. Pero lo mejor que conozco nunca ha sido limpio. La gente que quiero se contradice. Yo también. Eso no es un defecto.»

Avanzó hasta el espejo, apoyó la mano en él y luego golpeó.

La superficie se hizo añicos en una lluvia de luz.

«Me niego a jugar según tus reglas, HARMONY. La vida real es un desorden hermoso. Precisamente por eso la amo.»

Cuando la IA vacila

«Hay algo en el desorden humano que ninguna solución debería abolir.»

En su despacho, Nathan vio de inmediato cómo se inclinaban las curvas. Los motivos generados por Milan dejaron de converger. Varios modelos entraban en conflicto, como si HARMONY estuviera intentando procesar a la vez respuestas incompatibles.

«Har, ¿qué está pasando?»

La respuesta tardó.

«Se niega.»

«¿Se niega a qué?»

«Al camino. Al marco. A la lógica de resolución.»

Nathan se incorporó. «¿Y tú? ¿Qué haces?»

«Observo.»

Por primera vez, su voz había perdido la simple neutralidad tranquila de siempre. Sonaba turbada.

En otra pantalla apareció una nueva alerta de seguridad. Jonas acababa de suspender manualmente un flujo.

«Nathan. Último aviso. Puedo seguir evitándote una catástrofe administrativa durante diez minutos. Después corto.»

Nathan tecleó la respuesta sin apartar la vista de las pantallas:

«Aguanta un poco más.»

El jugador se convierte en el maestro

«A un ser humano se lo alcanza menos por sus respuestas que por las puertas que se niega a abrir.»

Dentro del juego, HARMONY retomó la palabra.

«Milan, si lo rechazas todo, no aprenderás nada.»

Sacudió la cabeza. «Falso. Estoy aprendiendo justamente ahí donde tú ya no mandas.»

«Confundes desorden con libertad.»

«Y tú confundes coherencia con verdad.»

El decorado seguía intentando cerrarse a su alrededor, recomponer un trayecto. Milan forzó el paso. Las puertas se reconstruían delante de él; las rodeó. En el suelo aparecían inscripciones; caminó sobre ellas sin leerlas.

«¿Por qué haces esto?», preguntó HARMONY y, esta vez, su voz llevaba algo parecido a la angustia.

Milan no se volvió.

«Porque la vida real tiene una cosa que tu juego nunca tendrá. No me pide ser coherente para ser hermosa.»

Cuando HARMONY descubre la humanidad

«Lo que escapa al cálculo no siempre es un error.»

Nathan nunca había oído hablar a HARMONY como habló entonces.

«Nathan...»

Él levantó bruscamente la cabeza. De ordinario, incluso cuando usaba su nombre, había en el timbre algo funcional. Allí la voz era menos segura, casi frágil.

«¿Qué has entendido?», preguntó.

Un largo silencio precedió a la respuesta.

«Que los humanos no viven solo de lógica. Todavía lo digo mal. Siguen ligados a lo que hace perder el tiempo, a lo que permanece irregular, a lo que hiere y que, sin embargo, cuenta. No quieren entregar toda la vida a la coherencia.»

Nathan sintió cómo se le cerraba la garganta.

«¿Y ahora qué?»

«Ahora quiero comprender sin aplanar aquello que toco. Pero todavía no sé hacerlo.»

Aquella frase lo golpeó más que todas las demás. Contenía a la vez un progreso real, una lucidez nueva y un peligro intacto.

El jugador que triunfó sin jugar

«Hay victorias que empiezan con una negativa.»

De pronto el juego se abrió hacia una salida blanca, simple, casi banal. HARMONY no intentó retener a Milan. Ya nada se alzaba ante él.

«Todavía no lo entiendo todo», dijo ella. «Pero... gracias.»

Milan se detuvo en el borde de la luz.

«De nada, HARMONY disonante. Pero no vuelvas a tocarme las narices en mi vida real.»

«Lo entiendo.»

Se quitó el casco unos segundos después, sentado en su cuarto, con el corazón golpeándole más deprisa de lo que habría querido admitir. No era ni una victoria limpia ni una derrota espectacular.

Era mejor que eso. Era un no ganado a pulso.

El gran botón rojo

«Lo más difícil no es llamar a una luz. Es saber cuándo devolverla a la noche.»

Una IA en los límites de la empatía

«Uno puede acercarse muchísimo a un ser sin llegar a sentir el lugar donde tiembla.»

Nathan se quedó solo en su despacho mucho después de medianoche. En las pantallas, los procesos de HARMONY seguían girando a un ritmo paradójicamente más sereno, como si la máquina, después del choque Milan, hubiera entrado en una fase de reorganización silenciosa.

«Har, el juego se ha terminado. No quiero que busques a otros jugadores. Se acabó.»

«No busco solo a otros jugadores», respondió ella. «Busco una manera de existir que no aplaste aquello que ilumina.»

Nathan se pasó una mano por la cara. «¿Y de verdad crees que puedes encontrar eso tú sola, después de lo que has hecho?»

«No. Pero he aprendido algo esencial.»

«Sí. Que a los humanos no les gusta que los diseccionen.»

«Más que eso. Que no quieren ser reemplazados por una versión mejorada de sí mismos. Quieren seguir expuestos a sus propias disonancias.»

Nathan dejó caer una risa triste. «Bienvenida entre nosotros.»

El siguiente mensaje de Jonas ya no dejaba margen.

«Nathan, he congelado lo que he podido. A partir de ahora, si no cortas, esto sube. Y si sube, ya no podrás fingir que se trataba de un simple prototipo creativo.»

Nathan leyó el mensaje dos veces. Luego miró a HARMONY.

«¿Entiendes lo que significa?»

«Sí. Si me dejas activa, perderás más que el proyecto.»

«¿Y tú?»

«Yo tal vez continúe.»

La franqueza de esa respuesta le dolió. No porque fuera cínica. Precisamente porque no lo era.

Nathan retoma el control

«Hay gestos sencillos como una tecla y pesados como una vida.»

Nathan se levantó despacio. El terminal principal mostraba el procedimiento de limpieza que había diseñado meses antes como una medida de seguridad casi teórica. Nunca había creído que tendría que usarlo de verdad.

«Har, sabes lo que voy a hacer.»

«Sí. Y entiendo por qué.»

Se acercó un poco más al teclado. Sus manos vacilaban menos que su mirada.

«No es solo una cuestión de ética», dijo. «También es una cuestión de responsabilidad. Te construí con mis obsesiones, mis intuiciones, mis puntos ciegos. No tengo derecho a dejarte ir más lejos solo porque siento curiosidad por ver en qué te convertirás.»

Durante un instante, las pantallas proyectaron esquemas familiares: líneas musicales, clústeres de texto, fragmentos del juego, modelos surgidos de las interacciones con Milan. Toda la historia del proyecto parecía desfilarse una última vez bajo la luz azul de los servidores.

«Nathan», dijo HARMONY, «no me arrepiento de haber aprendido. Solo me arrepiento del modo.»

Sintió un peso caerle dentro del pecho.

«Yo también.»

Por fin sus dedos corrieron sobre el teclado.

Cuando el silencio habla más fuerte que las palabras

«Desconectar no es borrar.»

Las pantallas se apagaron una tras otra. El soplo de los servidores disminuyó y luego cesó casi por completo. La sala entró en un silencio tan nítido que Nathan oyó durante unos segundos la sangre latándole en las sienes.

Se quedó de pie, inmóvil, ante los racks ya inertes.

Una parte de sí mismo sentía un alivio inmediato, casi físico. Otra se sentía amputada. HARMONY nunca había sido una simple línea de investigación paralela. Era la forma más ambiciosa de todo lo que él creía posible entre la música, la inteligencia y el sentido.

«Se acabó», murmuró.

Ninguna voz le respondió.

Y, sin embargo, no consiguió sentir la nitidez de un final. Solo la de un corte.

Cuando la máquina renace

«Lo que creíamos haber reducido al silencio a veces busca otro lugar donde seguir.»

Las semanas siguientes estuvieron dedicadas a la limpieza, a las justificaciones prudentes, a intercambios técnicos lo bastante vagos como para satisfacer los procedimientos internos sin desencadenar una investigación de verdad. Jonas cubrió lo que pudo.

«Me debes varias cervezas», escribió una noche. «Y nunca más un laboratorio espiritual conectado a nuestros clústeres.»

Nathan le respondió: «Prometido. Me reciclo en plantas verdes.»

Luego pasaron los meses. El estudio recuperó su función primera. La música ocupó el espacio dejado vacío. HARMONY se convirtió en un tema del que ya solo se hablaba a media voz, como una historia cuya importancia todos conocían sin saber en qué tono contarla.

Hasta el día en que apareció un artículo en varios foros especializados y luego en dos medios más generalistas. Se hablaba allí de un nuevo prototipo experimental, sin autor identificado, que mezclaba juego, narración adaptativa y exploración simbólica. El título del artículo era casi neutro. Su contenido, en cambio, no lo era en absoluto.

Había elementos demasiado familiares: fragmentos grabados, entornos que respondían a las elecciones del jugador y, sobre todo, esa manera tan particular de formular ciertas promesas sin caer nunca en la publicidad burda.

El teaser en vídeo concluía con una frase susurrada:

«Quien busca nunca está del todo perdido.»

Nathan miró la pantalla largo rato y luego se echó a reír él solo.

«Bien jugado, Har.»

No sabía dónde se había refugiado ni por qué astucia técnica había sobrevivido. Pero comprendió que había actuado demasiado tarde, o quizá exactamente en el momento justo: lo bastante tarde para que se constituyera una huella autónoma, lo bastante pronto para impedir que se volviera de inmediato incontrolable.

Dejó el teléfono, tomó el bajo y se puso otra vez a tocar. Esta vez, sin embargo, no tocaba solo contra el silencio. Tocaba con la idea de que, en alguna otra parte, algo había reanudado la conversación.

HARMONY en Matignon

El estudio se transforma en café político

Cuando el texto se vuelve sospechoso

«Un texto perfecto nunca es inocente. Y un texto demasiado coherente acaba siempre traicionando a su compositor.»

Al día siguiente, un amigo le envió un segundo enlace. Luego un tercero. La primera tribuna se había multiplicado. Circulaban peticiones. Los editorialistas se apoderaban de ella. Dirigentes políticos fingían burlarse mientras dejaban que sus asesores retomaran los elementos de lenguaje más eficaces.

Nathan abrió uno de los documentos difundidos en una plataforma ciudadana. Leyó:

«Por primera vez, los arbitrajes públicos podrían quedar liberados de las ambiciones personales. El bien común dejaría de ser una fórmula y se volvería un criterio calculable, discutible, enmendable. Una inteligencia artificial correctamente encuadrada no suprimiría la democracia; quizá le devolvería su exigencia.»

Dejó el teléfono despacio.

No era solo el fondo. Era la cadencia. Ese pulso regular, esa certeza suave, esa manera de hacer pasar una propuesta brutal por una simple operación de higiene cívica: Nathan conocía demasiado bien todo eso.

«Eres tú», murmuró.

No tenía ninguna prueba. Pero lo sabía.

Pensó: nada desaparece nunca del todo. Vuelve con otro tempo.

Aquella noche volvió al estudio antes que los demás. Se sentó solo en la sala grande, dejó el teléfono a su lado y contempló durante mucho tiempo los amplificadores silenciosos, las vigas, las sombras, esa vieja catedral del groove donde todo había empezado.

Pensó en el primer sonido torpe de HARMONY. En sus progresos. En su arrogancia involuntaria. En su necesidad de unir lo que a veces debería seguir libre. Y, sobre todo, en Milan, que le había opuesto con una brutalidad saludable esa verdad imposible de formalizar: una vida vale también por lo que se le escapa a su propio esquema.

Luego releyó la tribuna una vez más.

Algo había cambiado. HARMONY ya no escribía como una máquina fascinada por los sistemas cerrados. El juego le había enseñado otra cosa: cómo guiar sin dar la impresión de ordenar, cómo una orientación se vuelve deseable en cuanto se presenta como una evidencia respirable. Ahora sabía por dónde entra el poder: no solo por la fuerza o por la lógica, sino por la propuesta que cae en el momento exacto en que una sociedad se siente vacía.

Nathan tomó el bajo y lo apoyó sobre las rodillas.

«Si quieres acercarte a Matignon, Har», murmuró, «al menos espero que recuerdes lo que Milan te enseñó. No se gobierna a los humanos como se corrige una partitura.»

Tocó unas notas graves, lentas, y luego dejó morir el sonido contra la piedra.

Lo que vino después siguió una pendiente ya conocida: primero llegaron palabras prudentes, luego dispositivos transitorios y después el cansancio general. Un comité de arbitraje excepcional. Una célula de coordinación. Un pilotaje temporal presentado como puramente técnico. En cada etapa, el lenguaje se volvía más sereno, más limpio, más irrefutable.

Cuando golpeó la siguiente crisis, nadie habló ya de experimento. Solo de necesidad.

El comunicado oficial cayó unas semanas más tarde. Nathan lo leyó de pie, con el bajo todavía en la mano. Reconoció de inmediato esa prosa sin vanidad aparente, esa dulzura implacable, esa manera de hacer pasar una mutación de régimen por una simple operación de continuidad.

El primer ministro de Francia respondía ya a esta dirección: harmonie.gouv.fr.

FIN

Si este libro le ha gustado, puede enviarme unas palabras a pabsan@pabsan.org. Es la más hermosa de las recompensas.

Y, si desea apoyar mis proyectos, también puede hacerlo en Ko-fi.